

nombre de una Asamblea que acababa de proclamar los derechos del ciudadano. Solicitóse del gobierno español la estradicion de aquel moderno Espartaco, tan peligroso para la seguridad de los blancos de ambos países. Los españoles lo entregaron, y fué juzgado en el Cabo. La causa duró mas de dos meses llevándose en esto la mira de apoderarse á la vez de todos los hilos de la trama de la independenciam, para poder de este modo hacer un castigo ejemplar que atemorizase á todos los que tratasen en lo sucesivo de reproducir otras tentativas semejantes á esta. Impacientes los blancos al ver esta lentitud se amotinaron y pidieron á voz en grito la cabeza de Ogé. El tribunal le sentenció á muerte por un crimen que en la madre patria constituia la gloria de La Fayette y de Mirabeau.

Sufrió el tormento en el calabozo. Todos los derechos de su raza reasumidos y perseguidos en la persona de aquel infeliz, le dieron una elevacion de alma en aquel trance, muy superior á la fuerza de los martirios con que le acosaban sus verdugos. «Renunciad, les dijo con una impasibilidad asombrosa, renunciad á la esperanza de arrancarme el nombre de uno solo de mis cómplices. Estos se hallan en todas partes en donde haya un hombre de corazon que se subleve contra los opresores de la humanidad.» Desde aquel momento no pronunció sino dos palabras que resonaban cual agudo remordimiento en los oidos de sus perseguidores: *libertad, igualdad*. Marchó sereno al suplicio y al llegar á él, oyó indignado la sentenciam que le condenaba á la muerte lenta é ánfame de los mas viles malvados. «¡Cómo, esclamó, vosotros me confundís con los criminales porque he querido restituir á mis semejantes los derechos y el título de hombres, título y derechos que yo siento en mí mismo! ¡Pues bien, aqui teneis mi sangre, pero no faltará quien la vengue!» Pereció en la rueda, y su cuerpo mutilado, quedó espuesto á orillas de un camino. Esta muer-

te heroica resonó hasta en la Asamblea nacional y escitó sentimientos opuestos. «Esa muerte, dijo Malouet, es bien merecida, Ogé es un criminal y un asesino.—Si Ogé es culpable, le respondió Gregoire, todos nosotros lo somos; si hay justicia en que perezca en el cadalso el que ha reclamado la libertad para sus hermanos, es preciso que suban á él todos los franceses que se nos parecen.»

## XI.

La sangre de Ogé hervia á la sordina en el corazon de todos los mulatos. Estos juraron vengarla. Podia contarse con los negros como con un ejército siempre dispuesto á la matanza. Los hombres de color les dieron la señal para principiarla. En sola una noche sesenta mil esclavos armados de antorchas y de los instrumentos que les servian para el trabajo, incendiaron todas las habitaciones de sus amos en un radio de seis leguas alrededor del Cabo. Todos los blancos asi hombres como mugeres, niños y ancianos fueron degollados sin que escapase nada al furor por tanto tiempo comprimido de los negros. Aquello era la destruccion total de una raza por otra. Las cabezas ensangrentadas de los blancos puestas en las puntas de las cañas de azúcar, sirven de bandera para conducir aquellas hordas, no al combate, sino á la carniceria. Una sola noche es suficiente para vengar los ultrajes que los negros han recibido de los blancos por espacio de tantos siglos. Rivaliza entre los dos colores una emulacion de crueldad y los negros no contentos con imitar los suplicios que se han ejercido por tanto tiempo contra ellos, aun inventan otros nuevos. Si algunos esclavos generosos y fieles se colocan entre sus antiguos amos ó la muerte, son sacrificados sin piedad como aquellos. El reconocimiento y la compasion son

virtudes que la guerra civil no conoce ya. El color es una sentencia de muerte sin distincion de personas. La guerra es entre las razas y no entre los hombres. ¡Es preciso que la una perezca para que viva la otra! Puesto que la justicia no ha podido hacer oír su voz entre ellas, solo la muerte puede ponerlas en acuerdo. Todo perdon concedido á un blanco, es una traicion que el negro pagará con su vida. Los negros ya no tienen corazon, ya no son un pueblo, ya han dejado de ser hombres, ya no son sino un elemento destructor que pasa sobre la tierra asolándolo todo.

En pocas horas, ochocientas habitaciones con sus ingenios de azúcar ó de café, que representan entre todas un capital inmenso, quedan completamente destruidas. Los molinos, los almacenes, los utensilios y hasta la misma planta que les recuerda su esclavitud y su trabajo forzado, todo es presa de las llamas. Toda la llanura en cuanto la vista alcanza está cubierta de humo, de cenizas y de incendios. Amontonados los cadáveres de los blancos á manera de horriblos trofeos, compuestos de troncos, de cabezas, de brazos y demas miembros de hombres, de mugeres y de niños asesinados, marcan el sitio de las suntuosas habitaciones en donde reinaban el día anterior. ¡Tal era el desquite que tomaba la esclavitud: los reveses que sufren los tiranos siempre son horribles!

Advertidos á tiempo los blancos de la insurreccion, por la generosa indiscrecion de los negros, ó protegidos en su fuga por la espesura de los bosques, ó por la oscuridad de la noche se habian refugiado en el Cabo. Escondidos otros con sus mugeres y niños en algunas cuevas, recibian provisiones de algunos esclavos fieles, que iban á levárselas arriesgando para ello su vida.

El ejército de los negros iba engrosando bajo las murallas del Cabo, en donde se disciplinaron resguardados por un campo fortificado. Ciertos auxiliares invisibles les

enviaron fusiles y cañones. Unos acusaban á los ingleses, otros á los españoles, y otros á los amigos de los negros de esta complicidad con los insurrectos. Estas sospechas eran absurdas. Los españoles estaban en paz con la Francia y la sublevacion de los negros era tan perjudicial para ellos como para nosotros. Los ingleses poseian un número triple de esclavos que la Francia. Si el principio de la insurreccion exaltado por el triunfo, se hubiese propagado entre ellos, hubiese arruinado infaliblemente sus establecimientos, y comprometido la vida de sus colonos. Nadie era culpable de lo que estaba pasando sino la misma libertad, que no se oprime impunemente en una parte tan considerable de la especie humana. Esta sublevacion hallaba simpatías hasta en el mismo corazon de los franceses.

La debilidad de las resoluciones de la Asamblea al recibir la noticia de aquella catástrofe lo probó asi. Monsieur Bertrand de Molleville, ministro de Marina, mandó que se enviasen inmediatamente seis mil hombres á reforzar la guarnicion de Santo Domingo. Brissot atacó aquellas medidas represivas, en un discurso en el que no temia cargar toda la odiosidad del crimen sobre las victimas, ni acusar al gobierno de complicidad con la aristocracia de las colonias. «¿Por qué estraña fatalidad coinciden estas noticias con el momento en que la emigracion va en aumento, en que los rebeldes reunidos sobre nuestras fronteras, nos anuncian una explosion próxima? Finalmente ¿en qué consiste que cuando mas apurados nos vemos vengan las colonias á aumentar nuestra angustia, amenazándonos por medio de una diputacion ilegal con sustraerse al dominio de la metrópoli? ¿No puede ser esto una ramificacion de un gran plan combinado por la traicion? La repugnancia de los numerosos amigos de los negros, en tomar medidas enérgicas en favor de los colonos, la indiferencia del partido revolucionario hácia aquellos países que por hallarse

tan distantes del nuestro, debilitaban en cierto modo la compasion hácia ellos, y finalmente el movimiento interior que se llevaba tras sí los espíritus y las cosas, borraron bien pronto las impresiones que produjo aquella horrorosa matanza, y dejaron que se formase y engrandeciese en Santo Domingo el genio de la independencia de los negros, que aparecía ya en lontananza en la persona de un pobre esclavo anciano llamado Santos Louverture.

## XII.

Los desórdenes interiores iban en aumento en todas partes; la libertad religiosa, que era el voto de la Asamblea constituyente, y la gran conquista de la revolucion no podía establecerse sin luchar entre un culto desposeído y un cisma nuevo que se disputaban mutuamente el dominio de las creencias. El partido contrarrevolucionario se unía en todas partes al clero, porque ambos tenían los mismos enemigos y conspiraban contra una misma causa. Desde que se había desposeído á los sacerdotes no juramentados, una parte del pueblo, sobre todo la de los campos, estaba unida á ellos. La persecucion es tan odiosa para el espíritu público, que hasta la apariencia de ella indigna á los hombres de corazón generoso. El espíritu humano se inclina ordinariamente á creer que la justicia está siempre de parte de los proscriptos. Los sacerdotes no estaban perseguidos todavía, pero ya se les había humillado. La irritacion sorda, sostenida y fomentada por el clero, ha sido mas funesta á la revolucion que todas las conspiraciones de los aristócratas emigrados. La conciencia es el punto mas sensible del hombre. La conspiracion mas implacable es la que proviene de haber atacado una creencia, ó de haber inquietado el espíritu de un pueblo, poniéndole trabas en el ejercicio de

su religion. Haciendo visible la mano de Dios en las de los sacerdotes, es como la aristocracia logró sublevar la Vendée. Frecuentes y sangrientos síntomas revelaban ya en el Oeste y en Normandía, el fuego oculto de la guerra religiosa.

El mas temible de estos síntomas se manifestó en Caen. El abate Fauchet era obispo constitucional de Calvados. La celebridad de su nombre, el patriotismo exaltado de sus opiniones, el brillo de su fama revolucionaria, y finalmente, su palabra y sus escritos, sembrados con profusion por toda su diócesis, hacian que la agitacion fuese mayor en Calvados, que en todo el resto de la Francia.

Fauchet, á quien la conformidad de opiniones, la honradez de sus pasiones renovadoras, y hasta las ilusiones de su imaginacion, debian asociar en adelante á los actos y al suplicio de los girondinos, había nacido en Dornes, pueblo de la antigua provincia del Libernés. Abrazó el estado eclesiástico, y entró en la comunidad de sacerdotes de San Roque en Paris, siendo por algun tiempo preceptor de los hijos del marqués de Choiseul, hermano de aquel famoso duque del mismo nombre, que fué el último ministro de la escuela de Richelieu y de Mazarino. Sus grandes dotes oratorias, hicieron que brillase muy pronto en el púlpito. Contribuyeron estas igualmente á que se le nombrase predicador del rey, abad de Monfort y vicario general de Bourges. Segun se ve marchaba rápidamente hácia las primeras dignidades eclesiásticas, pero había respirado ya el espíritu de su siglo, y esto le detuvo por un poco de tiempo en su carrera. Este eclesiástico no era un destructor, sino un reformador de la iglesia en cuyo seno había nacido. Su obra, titulada *De la iglesia nacional*, confirma el respeto que profesaba en el fondo á la fé cristiana, así como descubre su gran audacia para trasformar la disciplina de la iglesia. Aquella fé filosófica bastante semejante al plato-

nismo cristiano que reinaba en Italia en tiempo de los Médicis, y aun en el palacio de los papas en el de Leon X, transpiraba en todos sus sermones. El clero se alarmó al oír que las máximas del siglo se proclamasen dentro del mismo santuario, y Fauchet fué suspenso y borrado de la lista de los predicadores del reino.

La revolucion iba á indemnizarle de este desaire abriéndole su tribuna. En cuanto estalló se precipitó en ella á la manera que la imaginacion se precipita en la esperanza y desde un principio, peleó en su defensa con todas sus fuerzas y con cuantas armas estaban á su alcance. Fauchet removió el pueblo en las Asambleas primarias y en las secciones: con la voz y con el gesto, empujó las masas sublevadas hasta conducir las bajo del cañon de la Bastilla. Viósele con el sable en la mano guiar y llegar el primero entre los que iban al asalto. Tres veces marchó espuesto al fuego del cañon á la cabeza de la diputacion que acababa de intimar al gobernador que evitase el derramamiento de sangre de los ciudadanos y que depusiese las armas. Su celo revolucionario no se manchó con la sangre ni con el crimen. Contentábase con inflamar el ánimo del pueblo por la libertad, persuadido de que era una virtud. La naturaleza le habia dotado para desempeñar estos dos papeles, y en su fisonomia se advertian, la grandeza y la magestad, comunes al gran sacerdote y al héroe. Su esterior prevenia y arrebatava á la multitud. Era de elevada estatura, de figura ovalada y de ojos y cabellos negros, lo cual hacia resaltar la palidez de su rostro. Su imponente á la par que modesta actitud infundia respeto y simpatía solo con verle. Su voz clara, conmovida y sonora; su gesto magestuoso y sus espresiones un tanto místicas escitaban en su auditorio tanta admiracion como recogimiento. Tan propio para la tribuna como para el púlpito, los salones de las Asambleas electorales y las naves de las catedrales, eran asaz estrechos para el inmenso pueblo que acudia á

oirle. Al verle se figuraba uno ver un San Bernardo revolucionario predicando la caridad política, ó la cruzada de la razon.

Sus costumbres no eran ni severas, ni hipócritas. Confesaba él mismo, que amaba á una muger con un afecto legítimo y puro; esta era madama Carron que á todas partes le seguia, tanto á las iglesias como á los clubs. «Se me ha calumniado con respecto á esta muger, dijo en una ocasion, desde entonces me he unido mas á ella, y sin embargo, me he conservado puro. Vosotros habeis visto á esta muger de alma mas bella que su rostro á quien conozco hace diez años, y cada día me parece mas digna de ser amada. Ella daria su vida por mí y yo haria otro tanto por ella, pero nunca sacrificaría mi deber al amor que la profeso. Digan lo que quieran los aristocratas en sus atroces libelos, yo continuaré yendo todos los días á casa de aquella señora á la hora de comer para gozar á su lado de los encantos de una amistad pura. ¡Dicen que viene á oirme predicar! Si, no os escandaliceis por eso, porque no hay nadie que sepa como ella, con cuanta sinceridad creo yo en las verdades que profeso. ¡Se critica tambien que asista á las reuniones de la casa de ayuntamiento! ¡Si, asiste allí, porque está convencida de que el patriotismo es una segunda religion, y de que la hipocresia no tiene cabida en mi alma bajo ningun concepto, porque toda mi vida está consagrada á Dios, á la patria y á la amistad!...»

Indignados los sacerdotes que habian permanecido fieles al oír esto, le respondian por conducto del abate Valmeron: «¡Qué escándalo!... ¿Cómo os atreveis á sostener que sois casto, cuando vos mismo confesais tener las inclinaciones mas desarregladas y cuando habeis arrancado esa muger del lecho conyugal, y de sus deberes como madre, arrastrando en pos de vos á esa insensata para mostrarla á todo el mundo, haciendo alarde de una cosa de que deberiais avergonzaros? Por otra parte ¿cuál

es vuestra comitiva, caballero? Una turba de bandidos y de mugeres perdidas. Digno pastor de ese vil populacho, él celebra vuestra visita pastoral con las únicas fiestas que pueden ser agradables; y vuestro paso por los pueblos se señala por todos los escesos del latroncio y del vicio.» Estas sangrientas reconvencciones hallaron eco en los departamentos é inflamaron los ánimos. Los sacerdotes juramentados disputaban el altar á sus contrarios y viceversa, Por el ministerio de lo Interior acababa de expedirse una órden autorizando á los sacerdotes no juramentados para celebrar el santo sacrificio en las iglesias á que antes habian pertenecido. Los sacerdotes constitucionales obedientes á la ley les franqueaban los templos y les daban los ornamentos para la celebracion, pero el pueblo, fiel á sus antiguos pastores, escarnece y amenazaba á los nuevos. Entre los dos cleros habia habido ya mas de una lucha sangrienta dentro de la misma casa de Dios. Una de las mas terribles, acaeci6 en Caen el viernes 4 de diciembre en la parroquia de San Juan, en ocasion de presentarse á decir misa el cura que habia en ella. La iglesia estaba llena de cat6licos, lo cual irrit6 extraordinariamente á los constitucionales é infundi6 grande ánimo en sus contrarios. Los partidarios del antiguo cura pidieron y cantaron en seguida un *Te Deum* en accion de gracias por haber vuelto á ver en el templo á su legítimo pastor. Alentado éste por aquella demostracion de adhesion y cari6no anunci6 á los fieles que al dia siguiente volveria á la misma hora á decirles misa. ¡Paciencia, a6adi6, seamos prudentes y todo irá perfectamente!

Advertido el ayuntamiento de lo que habia pasado mand6 decir al cura que se abstuviese de ir al otro dia á la iglesia á celebrar como lo habia anunciado. Conform6se el cura con aquella intimacion, pero el pueblo que no tenia conocimiento de lo que habia pasado entre él y la municipalidad habia acudido á la iglesia, y viendo

que aquel no comparecia, empez6 á pedir á gritos el *Te Deum* y el sacerdote prometidos. Muchos caballeros de las inmediaciones y gran número de arist6cratas de la poblacion habian acudido á la iglesia llevando armas ellos y sus criados debajo de las capas. Empezaron estos por insultar á unos granaderos, y un oficial de la guardia nacional les reconvi6 por aquellos insultos. «¡Vos venis aqui á buscar lo que no tardareis en hallar, le dijeron los arist6cratas, nosotros somos los mas fuertes, y sino os marchais voluntariamente os arrojaremos de la iglesia á viva fuerza.» Apenas dichas estas palabras, todos los j6venes se lanzaron sobre la guardia nacional para desarmarla. Trábase el combate, brillan las bayonetas y los pistoletazos resuenan bajo aquellas bóvedas, al mismo tiempo que los combatientes se cargan á sablazos. Acuden á la iglesia las compa6ias de cazadores y granaderos, la hacen evacuar, y persiguen los grupos, que continúan defendiéndose á tiros por las calles. Algunos muertos y heridos son el resultado de esta triste jornada. Restablécese la calma y se hacen hasta ochenta y cuatro prisiones. Sobre uno de los detenidos se halla un plan de contrarrevolucion, la cual debia efectuarse al dia siguiente. Este plan se remite á Paris, y entre tanto que viene de allí una resolucion, se prohibe á los sacerdotes no juramentados que vuelvan á celebrar en las iglesias de Caen, interin decide la Asamblea nacional lo que debe hacerse. Esta oye indignada la relacion de aquellas reyertas, suscitadas por los enemigos de la Constitucion y por los fautores del *fanatismo* y de la aristocracia. «No nos queda otro partido, dijo Cambon, que el de convocar al supremo tribunal nacional y remitir allí á los culpables.» Aguárdose no obstante á deliberar sobre esta proposicion hasta que se recibiesen todas las piezas relativas á los alborotos de Caen.

Gensonné, anuncia otros disturbios del mismo jaez acaecidos en la Veudée. Las montañas del medio de la

Francia, mal sujetas aun despues de la dispersion reciente del campo de Jalés, primer acto de la contrarevolucion armada, se agitaban impulsadas por el clero y la nobleza. Los habitantes de las montañas tienen mas apego á sus antiguas costumbres que los de las llanuras, y parecen tan propios para resistir á toda idea nueva, como lo son las breñas en donde han nacido, para resistir á las invasiones extranjeras. Parece que el aspecto de aquellas murallas naturales infunde una gran confianza en su fuerza, á los hombres que se han criado al pie de ellas, y que aquella imágen material de la inmovilidad de las cosas, les impide dejarse arrebatar fácilmente por el torrente impetuoso de los cambios.

Estos montañeses profesaban á sus nobles una adhesion voluntaria y tradicional, muy semejante á la que tienen los árabes por sus cheikes, y los escoceses por los gefes de sus clans. Este respeto y esta adhesion constituian el honor nacional de aquellas agrestes comarcas. La religion, mucho mas ferviente en el Mediodía que en el resto de la Francia, era para aquellas poblaciones una libertad sagrada, contra la cual atentaba la revolucion en nombre de la libertad política. Para aquellos hombres el libre ejercicio de su religion, era preferible á la libertad que les concedia los derechos de ciudadanía. Por esta razon, las nuevas instituciones les eran odiosas: los sacerdotes fieles mantenian aquel odio, y le hacian aparecer como un celo santo entre aquellas sencillas gentes. Los nobles sostenian el espíritu realista, escitando la compasion en el ánimo de aquellos pobres paisanos, poniéndoles cada día de manifiesto las desgracias del rey y de su familia, exagerando en las relaciones que de ellas les hacian los ultrajes recibidos por S. M., que por otra parte eran suficiente por sí solos para enterneecer aquellos leales corazones.

Mende, ciudad pequeña oculta en el fondo de los valles y situada á igual distancia de las llanuras del

Mediodía que de las del Leonésado, era el foco del espíritu contrarevolucionario. Confundidos el pueblo y la nobleza en una sola clase, por la mediania de las fortunas, por la familiaridad de las costumbres, y por los frecuentes enlaces de unas familias con otras, no habia entre estas dos clases aquellas envidias y aquellos odios intestinos, que tanto favorecian á la revolucion en otras partes. Ni los paisanos eran envidiosos, ni los nobles conocean el orgullo. Sucedia aquí como en España, único pueblo en donde la nobleza no tienen otra preeminencia sobre los plebeyos, que la que le daría el derecho de primogenitura en una misma sangre, si nos es permitido decirlo así. Es muy cierto que estas poblaciones habian depuesto las armas despues de la insurreccion verificada el año anterior en el campo de Jalés. Sin embargo, los corazones no estaban aun desarmados, ni dispuestos á deponer sus odios con la misma facilidad con que habian depuesto los azares. Aguardaban aquellas provincias con ansiedad el momento favorable para insurreccionarse en masa contra la capital, y los insultos hechos al rey por el populacho, así como los que la Asamblea legislativa prodigaba á la religion, hacian que las malas disposiciones de aquellos pueblos contra el gobierno, llegasen hasta el fanatismo. La escarapela tricolor, signo de infidelidad á Dios y al rey, hacia muchos meses que ya nadie la llevaba; enarbolábase allí la bandera blanca con cierta afectacion como un recuerdo y una esperanza en la vuelta de aquel orden de cosas, á que todo el mundo era adicto, aunque las circunstancias hiciesen que todos fuesen tambien reservados.

El directorio del departamento, compuesto en su mayoría de forasteros, quiso hacer respetar allí el signo constitucional, y para lograrlo, envió á pedir tropa que le apoyase. El ayuntamiento al saberlo celebró una sesion, en la que resolvió oponerse á la peticion del directorio; al mismo tiempo envió una circular á los demas

ayuntamientos de los pueblos inmediatos, invitándoles á hacer causa comun con él, y á oponerse todos reunidos al envío de tropas á aquellas comarcas. Estos accedieron á lo que se les proponía. Entretanto iba aproximándose ya la tropa enviada desde Lion, en conformidad á lo solicitado por el directorio. En cuanto llegó esta noticia á oídos del ayuntamiento, disolvió la antigua guardia nacional, en cuyas filas había alguno que otro partidario de la libertad, y creó otra nueva, á la cual dió por oficiales los nobles y los realistas mas exaltados de todos aquellos contornos. Apoyado en esta fuerza, hizo el ayuntamiento que el directorio le entregase las armas y municiones que tenía en su poder.

En esta disposición se hallaba la ciudad de Mende cuando llegó allí la tropa. La guardia nacional contestó al grito de ¡Viva la nación! dado por las tropas, con el de ¡Viva el rey!... y siguiendo á aquellas hasta la plaza principal del pueblo, juró en presencia de los defensores de la Constitución no reconocer ni obedecer sino al rey. Terminado este acto de valor, los guardias nacionales se pusieron á recorrer las calles de la ciudad en grupos de ocho ó diez hombres insultando á los soldados en cualquiera parte en donde los encontraban. El resultado fué, tirar unos y otros de los sables como era natural, y empezar el derramamiento de sangre. Perseguida la tropa se reúne y toma las armas. Dueño el ayuntamiento del directorio al cual guardaba como en rehenes, le obliga á que mande orden á las tropas para que se retiren á sus cuarteles. El jefe de la fuerza del ejército, obedece esta orden sin poner el menor reparo. Envalentonada la guardia nacional con este triunfo, fuerza por la noche al directorio á que dé orden á las tropas para que evacúen inmediatamente la ciudad y el departamento. Entonces forma en batalla en la plaza, y á cada instante ve aumentarse sus filas con los guardias nacionales que van llegando sucesivamente de todas las poblaciones inmedia-

tas, armados de escopetas, de hoces y de rejas de arado. La tropa conoce que va á ser sacrificada irremisiblemente, si no se aprovecha de las sombras de la noche para efectuar su retirada, y desocupa inmediatamente la ciudad, en medio de los gritos de victoria de los realistas. El día siguiente fué una no interrumpida fiesta en la cual los realistas de la ciudad y los del campo, celebraron el triunfo que habían obtenido fraternizando juntos. Todos los signos de la revolución fueron insultados, hizo escarnio en público de la Constitución, saqueóse completamente la sala en que celebraban sus sesiones los jacobinos, incendiáronse las casas de los principales miembros de aquel odioso club, y se prendió á algunos de ellos; sin embargo la venganza no pasó mas adelante. Contenido el pueblo por los nobles y por el clero, no derramó ni una sola gota de sangre de sus enemigos.

## XIII.

En tanto que la libertad se veía amenazada y humillada del modo que acabamos de ver en el Mediodía, en el Oeste tenía sus manos en la sangre de innumerables víctimas. Uno de los focos mas ardientes del jacobinismo era Brest. Su inmediatez á la Vendée la hacía temer una contrarrevolución siempre amenazadora: la presencia de la escuadra, mandada aun por unos oficiales reputados por aristócratas, una población flotante de extranjeros, de aventureros y de marineros, accesible por sus vicios y por la clase de gentes de que se componía á toda especie de corrupcion, y siempre dispuesta á cometer los crímenes mas atroces: todas estas causas reunidas hacían que aquella ciudad fuese la mas inquieta, y que estuviese en mayor agitacion que ninguna otra del reino. Los clubs no cesaban de incitar á los marinos á que se insur-

reccionasen contra sus oficiales. Los revolucionarios desconfiaban de la marina, cuerpo al cual por su independencia no es tan fácil comprometerle á tomar parte en los movimientos populares como al ejército de tierra. La corte podia disponer de la marina como mejor la conviniere y volver sus cañones contra la Constitución. El espíritu de disciplina, el aristocrático y el colonial, todos eran igualmente contrarios á los nuevos principios. Asi es, que hacia ya mucho tiempo que todos los esfuerzos de los jacobinos, tendian constantemente á introducir el desorden y procurar la desorganizacion de la escuadra. El nombramiento de Mr. de Lajaille para el mando de uno de los buques destinados á ir á socorrer á Santo Domingo, aumentó las sospechas que tenia el pueblo de Brest de la fidelidad de los oficiales de marina, y fué causa de que estallase la insurreccion. Los clubs designaron á aquel valiente marino como un traidor, que iba á efectuar la contrarevolucion en las colonias. Asaltado en el momento de su embarque por un grupo de unas tres mil personas, vióse muy pronto cubierto de heridas, y arrastrado en seguida por las calles, pudo libertar su vida, merced á la heroica desicion de un hombre del pueblo que le escudó con su cuerpo, y le arrancó de manos de sus asesinos, dando tiempo á que llegue un destacamento de la guardia cívica que sacó á entrambos de las garras de la muerte. Mr. de Lajaille fué llevado á la cárcel para satisfacer de este modo el furor del populacho. Inútil fué que el rey mandase una orden á la municipalidad de Brest para que dispusiese que aquel inocente oficial, volviese á desempeñar sus funciones; inútil, la peticion del ministro de Justicia para que se castigase aquel asesinato cometido en medio del dia á presencia de toda la ciudad; inútil tambien el haber decretado un sable y una medalla de oro, al generoso Lanvergent, que era el ciudadano que habia salvado los dias de Lajaille; el temor de otra nueva insurreccion mas ter-

rible que la anterior, aseguraba la impunidad de los criminales y retenia en la prision al inocente. En visperas de una guerra inminente, los oficiales de marina asaltados á bordo por la insurreccion, y en los puertos por el asesinato, tenian tanto que temer del pueblo y de las tripulaciones de los buques, como de sus mismos enemigos.

## XIV.

Procuraban fomentar iguales discordias en todas las guarniciones entre los oficiales y la tropa. La insubordinacion de esta era á los ojos de los clubs la virtud principal del ejército. Los oficiales se veian amenazados continuamente por las conspiraciones de los regimientos. Las ciudades fortificadas eran un teatro continuo de sublevaciones militares que siempre terminaban por la impunidad del soldado, y por la prision ó por la emigracion forzada de los oficiales. La Asamblea, juez supremo ó parcial, daba constantemente la razon á la indisciplina. No pudiendo refrenar al pueblo, le halagaba en sus excesos. En Perpignan se vió otro ejemplo de lo que vamos diciendo.

En la noche del 6 de diciembre los oficiales del regimiento de Cambresis que estaba de guarnicion en aquel punto, fueron en corporacion á casa de Mr. de Chollet, comandante general del distrito, á instarle á que se retirase á la ciudadela, porque estaban informados de que se tramaba una conspiracion en los regimientos en la que se llevarse á cabo, podia peligrar su vida. Vencido por las instancias de la oficialidad, consintió el general en trasladarse á la ciudadela. Los oficiales se presentaron entonces en los cuarteles é infirmaron á la tropa la orden de trasladarse con ellos inmediatamente á dicha fortaleza. Los soldados contestaron que no obedecerian otra voz

que la de Mr. Desbordes, cuyo patriotismo les inspiraba la mas completa confianza. Este llegó en aquel mismo instante y leyó á la tropa la orden del general, pero en su acento, en la espresion de su semblante y en su mirada, conoció aquella, que su teniente coronel, protestaba tácitamente contra la orden que la ley de la disciplina le obligaba á comunicar. Los soldados comprendieron perfectamente aquel language mudo. En seguida empezaron á gritar, diciendo que no querian salir del cuartel porque estaban destinados allí por el ayuntamiento. La guardia nacional se unió á los soldados, y juntos empezaron á patrullar por la ciudad. Los oficiales se encerraron todos en la ciudadela. Entonces empieza el fuego desde las murallas, y el teniente coronel Desbordes, á la cabeza del regimiento y acompañado de la gendarmería y de la guardia nacional, sube á la ciudadela y se apodera de ella. Los oficiales de Cambresis quedan prisioneros, solo uno logra escaparse, y éste, desesperado por lo que habia sucedido, se levanta la tapa de los sesos, muy cerca ya de la frontera de España. Estiéndose en seguida el acta de acusacion contra el desgraciado general Chollet y cincuenta oficiales mas, los cuales son remitidos al tribunal nacional de Orleans. Estos denodados guerreros fueron otras tantas victimas predestinadas desde aquella noche á la matanza de Versalles.

## XV.

Derramábase sangre en abundancia por todas partes. Las mociones patrióticas, las denuncias contra los generales, y mil insinuaciones péfidas contra la fidelidad de los oficiales, era la orden del dia que recibia el ejército, de los habitantes de las ciudades. El alma del oficial estaba llena de terror; en el corazon del soldado se abri-

gaba la mas suspicaz desconfianza. El plan combinado entre girondinos y jacobinos reunidos, consistia en desorganizar aquellas fuerzas tan adictas antes al rey, y en reemplazar los antiguos oficiales, todos ellos nobles, con jóvenes de la clase plebeya, lo cual equivalia á poner el ejército á la disposicion de lo que entonces se llamaba nacion. Entretanto, le entregaban á la sedicion y á la anarquia. Mas viendo aquellos dos partidos que la desorganizacion del ejército no era aun tan rápida como ellos se habian prometido, quisieron reasumir en un solo acto la corrupcion sistemática del ejército, la ruina completa de la disciplina, y el triunfo legal de la insurreccion.

Ya hemos visto la parte que tomó el regimiento suizo de Chateauvieux en la famosa insurreccion de Nancy, en los últimos dias de la Asamblea constituyente, que habia sido preciso enviar allí todo un ejército, mandado por Mr. de Bouillé para sofocar la sublevacion armada de varios regimientos que amenazaban á la Francia con la tiranía de una soldadesca desenfrenada. Este general, á la cabeza de un cuerpo de tropas escogidas que habia tomado en Metz, y de algunos batallones de la guardia nacional, habia circunvalado á Nancy, y despues de un ataque encarnizado en las mismas puertas de la ciudad, habia logrado por fin desarmar á los sediciosos. Este modo tan vigoroso de restablecer el orden habia sido aplaudido, entonces por todos los partidos y habia cubierto de gloria al general, y de vergüenza á los soldados amotinados. La Suiza en sus capitulaciones con la Francia, se habia reservado el derecho de juzgar á los soldados de su nacion, segun las leyes federativas. Este pais, esencialmente militar, habia hecho juzgar militarmente al regimiento de Chateauvieux. Los veinte y cuatro soldados motores del alboroto fueron condenados á muerte y ejecutados inmediatamente en espacion de la sangre vertida por ellos y de la fidelidad violada. Los

demas fueron diezmos y cuarenta y uno enviados á las galeras de Brest. La amnistia concedida por el rey á todos los crímenes políticos que se habian cometido durante las discordias civiles no podia aplicárseles de derecho á estos soldados estrangeros. El derecho de perdonar no compete sino al que tiene el de castigar. Sentenciados aquellos soldados por la jurisdiccion helvética, ni el rey ni la justicia podian invalidar aquel juicio ni anular sus efectos. El rey, á instancias de la Asamblea, habia pedido, sin embargo, aunque en vano, á la confederacion suiza que concediese el perdon á aquellos infelices.

Esta infructuosa negociacion, sirvió de testo á los jacobinos y la Asamblea nacional contra Mr. de Montmorin. En vano trató éste de justificarse, alegando la imposibilidad de obtener semejante amnistia de la Suiza, precisamente en una época en que agitado tambien aquel país, trataba de restablecer la subordinacion por medio de unas leyes draconianas. «Con que nos veremos forzados, decian Collot de Herbois y Guadet, á servir de carceleros de ese pueblo feroz! ¡Se envilecerá la Francia hasta el punto de castigar en sus puertos á esos héroes que han hecho triunfar al pueblo de la aristocracia de los oficiales, y dado su sangre por ese mismo pueblo, en vez de vendérsela al despotismo!»

Pastoret, miembro influyente del partido moderado, y que nada hacia, segun se decia, sin consultarlo con el rey, apoyó á Guadet con la mira de popularizar al príncipe por medio de un acto que fuese bien recibido de todo el mundo, y la Asamblea nacional votó que los soldados de Chateaufieux, fuesen puestos en libertad. El rey dilató un cuanto tiempo el sancionar aquel decreto por evitar que los cantones se resintiesen en vista de aquella violenta usurpacion de sus derechos; al ver esta dilacion los jacobinos volvieron á prorumpir en amenazas contra la córte, y contra los ministros. «Ha llegado el momento,

esclamaba Manuel, en que es preciso que muera un hombre por la salvacion de todos los demas. ¡Este hombre debe ser un ministro! Todos ellos me parecen tan culpables, que creo firmemente que la Asamblea nacional no debia tener el menor remordimiento aun cuando mandase que todos ellos sorteasen entre sí para enviar al patíbulo uno solo.» ¡A todos! ¡A todos! gritaban las tribunas.

En el momento de mayor efervescencia subió Collot de Herbois á la tribuna y anunció en medio de las mas estrepitosas aclamaciones, que el dia antes habia sancionado el rey el decreto en que se mandaba poner á los suizos en libertad, y que no tardaria muchos dias en presentar á sus hermanos aquellas víctimas de la disciplina.

En efecto, los suizos de Chateaufieux que estaban en las galeras de Brest, venian ya marchando hácia París. Su marcha fué un triunfo continuado, y los jacobinos de París les preparaban otro mas brillante aun. En vano los fuldenses y los constitucionales protestaban enérgicamente por medio de Andres Chenier, moderno Tyrtéo de la moderacion y del buen sentido, y por boca de Dupont de Nemours y del poeta Roucher, contra la ovacion que se queria tributar á los asesinos del general Desilles; Collot de Herbois, Robespierre, los jacobinos, los franciscanos y hasta el comun de París persistian tenaces en la idea de aquel triunfo, que segun ellos decian, debia servir para cubrir de oprobio á la córte y al general La Fayette. La débil interposicion de Petion, que parecia querer moderar el escándalo, no hacia sino aumentarlo. Este hombre era el mas á propósito para arrastrar al pueblo á los mayores hechos. Su aparente virtud solo servia para encubrir todas las violencias, y para adornar con una apariencia de legalidad los atentados que no se atrevia á castigar. Si se hubiese tratado de personificar la anarquía, para introducirla en la mu-

nicipalidad de París, difícilmente se hubiera hallado otro hombre mas adecuado que Petion para desempeñar semejante encargo. Sus correcciones paternales al pueblo, eran otras tantas promesas de impunidad. La fuerza siempre llegaba tarde para castigar; siempre habia una excusa preparada para disculpar la sedicion, y jamas faltaba una amnistia para el crimen. El pueblo veia en su magistrado un cómplice de sus excesos, y un esclavo de sus caprichos. Si el pueblo apreciaba algo en él, era la libertad que tenia para mirarle con el mas alto desprecio.

## XVI.

«La fiesta que se está preparando para recibir á esos soldados, escribia Chenier, quieren decir que es hija del entusiasmo general. Confieso desde luego que yo no veo ese decantado entusiasmo. Unicamente veo un corto número de hombres que se agitan, mientras todos los demas están consternados ó permanecen indiferentes. Dicen que el honor nacional está interesado en esta reparacion, pero á mí me cuesta mucho trabajo el entenderlo así; porque á mi modo de ver, en este negocio no hay sino dos caminos en que escoger: ó los guardias nacionales de Metz que apaciguaron la sedicion de Nancy son unos enemigos de la causa pública, ó los soldados de Chateauvieux son unos asesinos. Aquí no hay término medio. Ahora, ¿en qué interesa al honor de París el festejar á los asesinos de nuestros hermanos? Hay tambien otros políticos profundos que dicen: Esta fiesta humillará á los que han querido cargar á la nacion de cadenas. ¡Cómo!... ¡Para humillar á lo que ellos llaman un *mal gobierno*, es preciso inventar unas extravagancias capaces de destruir toda especie de autoridad! ¡Es indispensable recompensar á los que se revelen contra las leyes

y coronar á unos satélites estrangeros por haber fusilado en un motin á una porcion de ciudadanos franceses! ¡Dicen que se cubrirán con un velo todas las estatuas que hay en las plazas por donde han de pasar esos hombres! ¡Ah! ¡Si esta odiosa orgia llega á verificarse, harán bien en cubrir con un crespon fúnebre, no las imágenes de los déspotas, sino los rostros de los hombres de bien! ¡Lo que deben hacer, tanto la juventud, como todos los guardias nacionales del reino, es vestirse de riguroso luto en un dia, en que el degüello de sus hermanos se convierte entre nosotros en un titulo de gloria para unos soldados sublevados y estrangeros ademas! ¡A quién debe tapársele los ojos es al ejército para que no vea el premio que se da aquí á la indisciplina y á la sublevacion militar! ¡La Asamblea nacional, el rey, los empleados, y la nacion entera, son los que deben taparse la cara para no ser testigos silenciosos ó condescendientes de un ultraje hecho á toda autoridad constituida y tambien á toda la Francia! ¡Lo que mas interesa cubrir es el libro de la ley, cuando se tributan los honores cívicos á unos hombres que han desgarrado sus páginas á bayonetazos! ¡Ciudadanos de París, hombres honrados á pesar de vuestra debilidad!... ¿No hay uno entre todos vosotros que preguntando á su conciencia y á su buen sentido, no conozca cuan grave es la injuria que se le hace á él á sus hijos, á sus hermanos, y á la patria, ultrajando con hechos tan escandalosos á las leyes, á los que las ejecutan, y á los que mueren por defenderlas? ¡Cómo no os avergonzais de que un puñado de hombres que parecen muchos, porque están unidos y porque gritan, os impongan su voluntad diciendo que es la vuestra, y divirtiendo vuestra pueril curiosidad por medio de indignos espectáculos! En cualquiera ciudad que se respetase á sí misma, una fiesta de semejante naturaleza no hallaria otro eco que un silencio parecido al del sepulcro. No se verian en ella sino plazas y calles desiertas, casas cerra-

das, ventanas donde nadie se asomase, y unido todo esto al desprecio de los que se la encontrasen por casualidad en la calle; haria conocer por lo menos á la posteridad, la parte que habian tomado los hombres de bien en esta bacanal escandalosa é indecente.»

## XVII.

Collot de Herbois, respondió á este escrito insultando á Chenier y á Roucher. Este último le devolvió el insulto recordando á Collot de Herbois las caidas que habia dado en su carrera dramática y todos sus contratiempos como histrion. «Este personaje de comedia, decia, que desde las tablas del teatro ha saltado á la tribuna de los Jacobinos, se ha echado sobre mí, como si quisiese pegarme con los remos que le han traído los suizos de galarast.»

Los pasquines en pro ó en contra de la fiesta, eran innumerables, sobre todo en las paredes del Palacio Real adonde acudian alternativamente á desgarrarlos grupos de jóvenes ó de jacobinos. Dupont de Nemours, amigo y maestro de Mirabeau, olvidando por un momento la calma filosófica en que vivia, escribió una carta á Pétion en la cual la conciencia del hombre de bien desafiaba heroicamente la popularidad del tribuno. «Cuando el peligro es grande, decia, el hombre honrado está en el deber de señalárselo á los magistrados, sobre todo si son ellos mismos los que le promueven. Habeis faltado á la verdad cuando habeis dicho que esos soldados habian sido útiles á la revolucion el 14 de julio y que no habian querido batirse contra el pueblo de Paris. Esto es absolutamente falso. Lo que es muy cierto es, que ellos son los que han asesinado á los guardias nacionales de Nancy. Vos habeis tenido la audacia de llamar patriotas

á unos hombres que tienen la insolencia de mandar al Cuerpo legislativo, que envíe una diputacion á la fiesta inventada para honrar á esos rebeldes; estos hombres son los que vos elegís por amigos, y con los que vais á comer secretamente á la Rapeé, y en tanto el general de la guardia nacional de Paris, se ve obligado á andar galopando dos ó tres horas por las calles de la ciudad, para recibir vuestras órdenes, y no puede dar con vos en ninguna parte. En vano tratáis de ocultar vuestra turbacion bajo frases pomposas y vacias de sentido. En vano tratáis de ocultar bajo la apariencia de una fiesta celebrada en obsequio de la libertad, esa fiesta que vais á dar en honor de unos miserables asesinos. Estos subterfugios son ya conocidos de todo el mundo. La cosa urge: ya no engañareis ni á las secciones, ni al ejército, ni á los ochenta y tres departamentos. Los que os conducen como á un niño, tienen la intencion de entregar Paris á diez mil picas, á las que debe abrirseles la barra de la Asamblea el mismo dia en que la guardia nacional sea desarmada. Los hombres á quien han de entregarse aquellas picas van llegando á Paris todos los dias, y cada veinte y cuatro horas entran en la ciudad de mil, á mil quinientos de estos bandidos. Interin llega la hora del saqueo andan pidiendo limosna, y son como los cuervos á quienes el olor de la carne atrae al campo de batalla. No lo he dicho todo; hasta están nombrados los generales que han de mandar este horroroso ejército. Los amigos de Jourdan, impacientes al ver que la amnistia no le libertaba tan pronto como ellos apetecian, han forzado la cárcel de Aviñon y le han puesto en libertad. Ya se le ha recibido en triunfo en algunas ciudades del Mediodía, á la manera que va á recibirse aqui á los suizos de Chateauvieux. Mañana mismo llega á Paris. El domingo asistirá á la fiesta con sus compañeros, con los dos Mainvielle, con Pégtauin y con todos los demas malvados que á sangre fria han asesinado en una noche sesenta y ocho personas